

2010-12-01

Estéticas y retóricas del miedo urbano El caso de la ciudad de Bogotá

Éder García-Dussán

Universidad de La Salle, Bogotá, eagarcia@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/lo>

Citación recomendada

García-Dussán, Éder (2010) "Estéticas y retóricas del miedo urbano El caso de la ciudad de Bogotá," *Logos*: No. 18 , Article 2.

Disponible en:

This Artículo de investigación is brought to you for free and open access by Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Logos by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Estéticas y retóricas del miedo urbano El caso de la ciudad de Bogotá¹

Éder García-Dussán*

Fecha de recepción: 29 de julio de 2010
Fecha de aprobación: 27 de agosto de 2010

Resumen

Una de las características de algunas megalópolis es la producción de un terror regular puesto en marcha sobre escenarios opacos, laberínticos, caóticos y terroríficos. En este sentido, la ciudad es una maquinaria que tortura los cuerpos humanos y los somete a una regularidad administrada por imaginarios que no siempre coinciden con la realidad pero que condicionan pensamientos, emociones y conductas las cuales se cristalizan en una retórica urbana. Este artículo pretende contrastar los imaginarios de ciudad peligrosa que genera el dinamismo de la ciudad de Bogotá y enlista algunas consecuencias inmediatas de los efectos de su simbolización en la comunicación de sus moradores.

Palabras clave: terrorismo, descentralización urbana, estética urbana, leyenda, correo electrónico.

Aesthetic and Rhetoric of Urban Fear – The Case of Bogota City

Abstract

One of the features of some megacities is the production of a current terror set up on dull, rambling, chaotic and terrifying scenarios. In this sense, the city is machinery torturing human bodies and bringing them under a regular condition administered by imaginaries which do not always coincide with reality but determine thoughts, emotions and behaviors that are crystallized on an urban rhetoric. This article aims to contrast an imaginary dangerous city that generates a peculiar dynamism of Bogota and list some immediate token effects on communication of its inhabitants.

Key words: terrorism, urban decentralization, urban aesthetics, legend, e-mail.

¹ Resultado de la investigación "Folclore contemporáneo y *terrors* de comunicación: estudio sobre el disciplinamiento del terror urbano", inscrito en el Centro de Investigación en Hábitat, Desarrollo y Paz (Cihdep) del Grupo *Cultura y Sociedad*, Universidad de La Salle, 2009-2010.

* Profesor e investigador de la Universidad de La Salle. Especialista en estudios sociales del discurso y semiótica cultural urbana. Correo electrónico: eagarcia@unisalle.edu.co

Introducción

Sabido es que en el orbe urbano son los *mass-media* quienes configuran parte de la cultura popular con sus estereotipos e ideologías, fabricando así nuevas necesidades y novedosísimas gramáticas sociales. Indudablemente, su acción le da forma verbal y ordenamiento icónico a todo acervo tradicional; de suerte que estudiar tanto las condiciones socioculturales como el discurso allí promovido se convierte en la vía regia para escrudñar cuáles son los *medios* a partir de los cuales los *mass media* afectan el comportamiento, el conocimiento y los estados de ánimo de los ciudadanos, especialmente los deseos y los miedos profundos (terror).

Si bien es cierto que entre *medios* y *miedos* no hay sino una mera transposición de sonidos, su juego fonético es significativo en la medida en que esta apuesta investigativa explora esa aparente inocencia con la lengua con el ánimo de ver cómo se construye una *estética del terror* urbano (estética, del gr. αισθητικός, propio de los sentidos, percepción) a través de una *retórica de la peligrosidad y la transgresión*.

Así orientado el asunto, se centra la acción en el examen del conjunto de temáticas, imaginarios, ideologías y valores inscritos en el *topos* del nuevo folclore contemporáneo (lo *massmediático*), y su relación con la construcción de las actitudes y sentimientos frente a los cambios urbanos de principios de siglo. Este artículo compendia el tratamiento de tipo exploratorio-descriptivo y algunos apuntes analíticos que se encauzan en dos aspectos: la percepción del terror urbano y su correlato con la realidad estadística de sucesos violentos y peligrosos de Bogotá en el contexto latinoamericano (*estética del terror*), y la taxonomía, ideología y función social de ciertos símbolos que apuntalan esos terrores a través del canal electrónico por medio del cual se ponen en escena (retóricas del *net-lore* o folclor en la *red*).

Determinaciones teóricas

Según estadísticas estatales de 2005, Colombia tiene alrededor de 45 millones de habitantes, y la cuarta parte de la población se agrupa en Bogotá y Medellín, dando lugar a ciudades habitadas por sujetos que se mueven entre polaridades espaciales amplias pero heterogéneas y anómalas. Para el caso de Bogotá, se sabe, tiene unos 1200 barrios y adopta la lógica de las megalópolis, pues se han apropiado de sus municipios vecinos por expansión, anexándolos a sus lógicas político-administrativas. Esto hace que la ciudad de Bogotá esté marcada por dos tipos de hábitat en su interior: el centro y la periferia (Restrepo, 1998).

El primero, el centro-metrópolis, es el digno representante del origen de la ciudad, que contiene en sus redes su historia y advierte los cambios permanentes que suceden en ella: además, como referente físico y simbólico, los habitantes se reconocen como pertenecientes a una vida urbana integrada y generan mapas de ciudad cuasiarmónicos que conservan a cuestas la herencia de un legado caracteriológico y una historia centralizada. Sin duda, hay una relación entre la memoria identitaria y el espacio físico, por lo que la historia de Bogotá sigue siendo céntrica (García-Dussán, 2007). El segundo hábitat es el campo-periferia o suburbio. Éste representa el afuera de la ciudad, la naturaleza (no necesariamente el campo verde y los matorrales robustos), convertido por agrupación de necesidades y carencias en un círculo sin límite que bordea el centro urbano, dando vida a los denominados cordones de miseria. Esta periferia posee la casi ya ritual fórmula de quedar amenazada y medio-desaparecer en cada etapa invernal, para luego renacer de sus cenizas de forma incansable.

Esta dualidad, llamada por muchos semiólogos urbanos *ciudad-dispersa* o descentralización-urbana, concentra el fenómeno de la *periferización* o *subur-*

banización, la cual se asocia directamente con un sentimiento de discordia y con la percepción del terror a los espacios públicos (agorafobias). De esta suerte, la dicotomía centro-periferia genera una ‘hostilidad al medio urbano general’, pues

[...] todo lo externo a la casa tiende a vivirse –a través de las imágenes suburbanas– como un medio hostil en varios sentidos. La hostilidad incluye inseguridad, desconfianza hacia el otro [...] y además se refiere al sentido del rechazo a los espacios llenos, densos y abigarrados (Lindón, 2006: 28).

Por esta razón, cada vez es más frecuente que la casa se habite en exceso y la ciudad apenas se circule. En otras palabras, se pasa de las territorialidades grupales a unas más individualizadas. La consecuencia inmediata es, claramente, que el nuevo centro urbano tiende vertiginosamente a ser el espacio reducido de la casa.

Esto justifica, entonces, por qué los centros comerciales o nuevos centros urbanos tienden a ser la extensión cerrada y protegida de las casas que los circundan, con la consecuente sensación de seguridad que aquellos proveen. Debido a esto, habitar la *descentralización-urbana* obliga a vivir y sentir la espacialidad urbana desde el amor (*topofilia*) o desde la aversión (*topofobia*).

Así las cosas, los espacios asumidos desde la topofobia –cuyos ciudadanos son quienes se concentran en un nuevo centro: el hogar– son representados como ‘lo difuso’, lo que obliga a pensar en una ciudad vigorizada que no posee marcas urbanas o arquitectónicas evidentes que capacitan al urbanita a crear marcos de referencia o mojones diferentes al casco histórico el cual, por otra parte, ya no se percibe como el centro simbólico de juntura y poder local. En estas circunstancias, el resto de la ciudad queda sometida a una imagen mental que permite

no ser cualificada positivamente; en otros términos, una suerte de *ruido blanco*. Y, en esta nueva lógica de la desurbanización de lo urbano, una de las características más evidentes (Bogotá no es la excepción) son las nuevas formas de segregación espacial que producen quienes se encierran y ocultan mediante muros, rejas, privatización de calles, dispositivos electrónicos de seguridad, vigilancia privada y dispositivos similares.

En efecto, las nuevas estrategias de protección adoptadas por los habitantes de las megalópolis modifican no sólo el paisaje urbano, sino también los viajes por la ciudad, los hábitos y los comportamientos cotidianos, lo cual da origen a nuevas formas de interacción social y de percepción urbana, fijando normas cada vez más rígidas de inclusión y exclusión sociourbanas. Debido a esto, es fácil deducir que los moradores urbanos revierten una buena cantidad de sentimientos de peligro y adversidad hacia todo lo público, haciendo de la ciudad un organismo necesario pero atroz y bestial. Esto explica, así, el atrincheramiento en la propia ciudad como efecto directo del terror vivido en/por ella; por lo que la gran ciudad queda reducida a su maqueta ínfima, el hogar, matriz de alivio que toma la forma del castillo medieval o microbúnkeres.

Esta segregación física, fundada por los ‘enclaves fortificados’ o refugios-búnker, es exacerbada por cambios en los rituales familiares y por las obsesivas conversaciones sobre la inseguridad que tienden a polarizar lo bueno y lo malo, hasta instaurar distancias y muros simbólicos que refuerzan las barreras físicas, como lo explica la antropóloga brasileña Teresa Caldeira (2007); por ello, la comunicación ocupa un lugar fundamental para la producción del terror. Lógica social ésta, justificada por el temor que produce la violencia, gracias a lo cual se dificulta mantener los principios de apertura y libre circulación, valores organizadores significativos de las ciudades modernas y sus fronteras nacionales. De esta manera,

[...] el imaginario se vuelve hacia el interior, rechaza la calle, fija normas cada vez más rígidas de inclusión y exclusión. El espacio público de las calles queda como espacio abandonado, síntoma de la desurbanización y del olvido de los ideales modernos de apertura, igualdad y comunidad [...] (García-Canclini, 1997: 6).

Esto mismo es constatable con lo analizado sobre la estimación urbana de Bogotá como ciudad predominantemente peligrosa y, por tanto, productora de temores profundos, al igual que la evaluación predominante que hacen sus moradores de ciudades como Lima, México y Santiago de Chile (Silva, 2006). Sensaciones de terror y pavor hacia el afuera de la casa son evidenciadas por la existencia y uso exagerado de huellas urbanas como la reja, propia de los conjuntos habitacionales, que amarra el delirio de marcar límites mínimos y que forja una *estética urbana (de lo cerrado)*, que se ve en las múltiples formas de marcar el espacio fantaseado como propio (Aguilar, 2006), y que genera y mantiene un lenguaje urbano cargado de simbolismos propios del terror, dejando constancia de los límites y peligros de lo público. Así, por ejemplo: *zona cerrada; prohibido el paso a particulares; peligro: niños en la vía; peligro: alta tensión;* pero también aquellos mensajes de tinte apocalíptico que cada vez son más frecuentes en los espacios céntricos y visitados de la ciudad como *El fin se acerca*, etc.

Es así como el terror asume el privilegiado lugar del imaginario global, tal como afirma contundentemente Silva (2009); y más aún desde ese 11 de septiembre de 2001, acto terrorista que permitió ‘urbanizar el terror a gran escala cultural’ y centrar nuevas formas de conductas en los muchos de los no-lugares o lugares de paso, por ejemplo. Sin embargo, cada ciudad, con sus propias huellas urbanas e históricas, vive sus versiones locales del terror global. Por ejemplo, Bogotá teme a un terremoto, que ya se simula en www.conlospiesenlatierra.gov.co como estrategia de asimilación paulatina; Quito teme a la explosión de su volcán Pichincha; Buenos Aires teme a un nuevo desastre económico y

Caracas vive aterrorizada con caminar por entre los buhoneros o mercachifles. Asimismo, para evitar abusos sexuales contra mujeres (pellizcos en las posaderas o violación) hace ya más de dos décadas en el metro de la Ciudad de México hay vagones exclusivos para ellas, mientras en Puebla circulan desde octubre de 2009 al menos 35 taxis pintados de rosa sólo para mujeres. En Tokio, igualmente, se implementaron vagones únicos para ellas en algunas líneas, por culpa de los famosos ‘chikan’ o acosadores, mientras que en Londres funciona las ‘Pink Ladies’ (las chicas de rosa), una compañía que presta el servicio exclusivo de taxis para damas.

A pesar de que todas las ciudades tienen su propio temor, su terror *glocal*, las latinoamericanas están cobijadas por uno concreto y común, a saber: el temor a los actos criminales callejeros. Por esto, perciben el espacio público como el lugar de la exposición al riesgo inminente, real o imaginado, dejando cada vez más espacios blancos en calles, parques e, incluso, en el transporte masivo. Todos los días se escuchan denuncias de nuevas modalidades de atraco callejero bajo la modalidad del chisme (“Me contaron que...”). Por ejemplo, una de las más sonadas en la actualidad bogotana es que los ladrones asaltan haciéndose pasar por miembros del DAS o de la SIJÍN y roban hasta las argollas matrimoniales de sus boquiabiertas víctimas. Pues bien, bajo esta realidad con o sin fundamentos, cabe preguntarse, ¿cómo se percibe todo esto en una ciudad como Bogotá, aquella que, según muchos analistas, es habitada por cerca de ocho millones de moradores? Asimismo, ¿es armónico el hecho de percepción ciudadana de peligro y su terror con los reportes de criminalidad que exponen las autoridades?

Metodología

Para avanzar en esta propuesta y sus cuestiones sustanciales, se avanzó en dos alas: primero, usando la técnica de recuperación y sistematización de información aportada por la prensa nacional (especialmente del diario *El Tiempo*) que revela estadísticas

de criminalidad y peligrosidad urbanas y que muestra los resultados de encuestas sobre percepción de seguridad en la última década, con el fin de someter ese banco de datos a un ejercicio comparativo que permita concluir hasta qué punto los archivos reales del acontecer urbano son congruentes y solidarios con ideas e imaginarios que tienen los moradores de su ciudad; y segundo, la construcción de una antología selectiva de correos electrónicos que tienen como temática central la prevención de eventos urbanos y cuya finalidad es producir la sensación de terror; todo esto para poder observar tanto las estrategias semiolingüísticas que se usan para producir ese tipo de perlocuciones entre sus receptores, como su función social en el marco de la gran ciudad o megalópolis.

Una vez puestas las técnicas para recorrer el camino, se centró la atención sobre ese compilado de actos lingüísticos, meros intercambios entre un Yo con un Tú (real o virtual) en relación con el cual se elabora el discurso del terror, lo que implicó pasar esos productos por el concepto de *relación de intersubjetividad*, facilitando la visibilización de algunos aspectos de las subjetividades urbanas y sus formas de vivirlas. Esta labor se basó en la tesis que sostiene que el uso de las manifestaciones del lenguaje siempre sucede en función de un contexto de enunciación capaz de producir conjuntos simbólicos significativos, por lo que el *texto*, en cualquiera de sus presentaciones semióticas y vehiculados en cualquiera de sus canales, deviene un campo de investigación y convivencia de muchos sentidos enmascarados en simbolismos, imaginarios, saberes, ideologías, opiniones, estereotipos y prejuicios (García-Dussán, 2008).

Resultados

Estéticas del terror y la realidad de la inseguridad en Bogotá

La mirada de los ciudadanos bogotanos sobre el terror se ha fijado últimamente en estadísticas y datos

relacionados con esta percepción de ciudad insegura y peligrosa que obliga al encierro y la angustia permanente. Rastreando este asunto en la primera década del siglo XXI se encontró que, según la Veeduría Distrital, en 2002 en Bogotá ocurrían 25 asesinatos por cada 100 000 habitantes; mientras que por ese mismo año eran 177 en Cali, 247 en Medellín y 66 en Caracas. A pesar de esto, la percepción que se tenía de la ciudad capital de Colombia era la de una urbe altamente peligrosa, mientras que, por ejemplo, a Caracas se le relacionaba no con la inseguridad, sino con la alegría, a pesar de producir más de 40 bajas por causas violentas comparado con Bogotá.

El 10 de noviembre de 2005, *El Tiempo* noticiaba que la tasa de muertes seguía siendo menor que en Cali y Medellín, aunque el homicidio había crecido ese año un 6,6%. Ciudad Bolívar, Kennedy y Suba eran las localidades con mayor número de muertes violentas, mientras la localidad con el menor número era Chapinero. Cuatro días antes, el mismo diario publicaba los resultados de una *Encuesta de percepción de seguridad ciudadana y de victimización en Bogotá*, realizada por la Cámara de Comercio de Bogotá a 1200 encuestados, bajo el título de “Más bogotanos víctimas del delito”. Allí se afirmaba que había aumentado la percepción que la ciudad era más insegura que un año atrás:

[...] El número de ciudadanos que declara haber sido víctima de la delincuencia en Bogotá creció este año 12 puntos y se situó en un nivel que no registraba desde 2001. Hoy, uno de cada tres bogotanos (el 35%) dice haber sufrido algún tipo de delito en la ciudad. Y el más citado es el atraco-raponazo, con el 69% de las respuestas / Paralelamente, los habitantes de la ciudad sienten que Bogotá es hoy más insegura que hace un año, pues este indicador aumentó 8 puntos. Y los ciudadanos especifican que tal sensación se hace aún más fuerte en calles de alta circulación y centros comerciales [...] (*El Tiempo*, 4.10.2005).

En 2007, según las cifras de muertes violentas del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, los homicidios en Bogotá aumentaron en un 4,8%. Lo peor es que esto no sucedía sólo con los homicidios, sino con las demás muertes violentas como suicidios, muertes en accidentes de tránsito y muertes accidentales, que aumentaron de manera importante (*El Tiempo*, 11.08.2008). La *Encuesta de Percepción de la Cámara de Comercio de Bogotá* de ese mismo año no arrojaba datos alentadores, y el porcentaje de percepción de inseguridad seguía en ascenso, mientras se especificaba que la localidad de Los Mártires era una de las zonas de Bogotá en las que los ciudadanos se sentían más inseguros y en donde eran víctimas de algún delito con mayor frecuencia (*El Tiempo*, 21.11.2008).

La *Encuesta de Percepción Ciudadana del Proyecto 'Bogotá, cómo Vamos'* de 2008 estuvo influida por el fantástico optimismo que causó la 'Operación Jaque', por lo que las encuestas simpatizaron con la idea que la ciudad iba por buen camino; sin embargo, la economía se consolidaba como una de las preocupaciones más importantes; esto es, "La ciudad va bien, pero la economía va mal". (*El Tiempo*, 11.08.2008). No obstante, un año después, luego del impacto de la victoria contra el flagelo nacional, la *Encuesta sobre Percepción y Victimización realizada por la Cámara de Comercio de Bogotá 2009*, confirmaría que los bogotanos cada día más se sentían más inseguros (*El Tiempo*, 26.02.2009).

Después de un estudio de la Universidad Nacional, la administración del alcalde Samuel Moreno identificó que en Bogotá hay un policía por cada 450 personas y 31 zonas descritas como críticas. En la lista negra aparecían barrios populares como el 7 de Agosto, Corabastos, Galerías, Puente Aranda, Restrepo, Quirigua, Plaza de las Américas, La Favorita, Las Cruces y Bosa:

Otros sitios críticos que son señalados por la comunidad son: Calle 116 con 19: Venta y consumo

de alucinógenos, riñas y presencia de vendedores ambulantes. Usaquén Centro: Presencia de vendedores ambulantes y establecimientos de comercio que exceden los niveles permitidos de ruido. Villa del Prado: Riñas entre integrantes de barras bravas, venta y consumo de licor por parte de menores de edad. Barrio Villas de Granada y Garcés Navas: Hurto a personas, residencias y comercio. Siete de Agosto: Basuras, presencia de indigentes y de bandas de ladrones (Forero, 28.02.2009).

Esto mismo es corroborado en la *Encuesta de Percepción Ciudadana* de 2009, que mostró el resultado anual para el proyecto 'Bogotá, cómo vamos'. El ejercicio, consumado con 1600 personas de todos los estratos del 20 de junio al 6 de julio del 2009, mostró que el porcentaje de personas que siente que Bogotá es insegura subió 18 puntos, todo esto dentro del contexto de la crisis económica, el entorno vulnerable, el conflicto armado y el desplazamiento creciente. Además, aumentaron los reportes de robos, especialmente el atraco callejero (66%), el asalto de casas y apartamentos (20%), además de la venta de drogas (38%). En 2008, el 24% de ciudadanos encuestados afirmó sentirse inseguro en su zona; en 2009 fue el 34%, la cifra más ensanchada desde el 2001. Sólo el 22% dijo sentirse muy seguro en Bogotá, indicador que también bajó, pues el año pasado era el 33% (*El Tiempo*, 9.08.2009).

Sin duda esta percepción de inseguridad en aumento tiene sus fundamentos y alimento continuo en el manejo espectacular que hace la prensa y los noticieros locales de ella, y que fluctúa alternamente entre la alarma y la calma. La misma prensa diaria suele fijar noticias que ponen los "pelos de punta". Así, por ejemplo, informes periodísticos como "La delincuencia ha decidido últimamente tomarse las entradas y calles aledañas de las universidades del centro de Bogotá, para hurtar celulares, calculadoras científicas, reproductores de música y billeteras" (*El Tiempo*, 20.10.2008). "La falta de alumbrado público en las

calles de Ciudad Salitre sirven cada noche como camuflaje para los atracadores (*El Tiempo*, 27.09.2008), “Ladrones saltan desde los árboles para robar a los transeúntes de localidad de Teusaquillo” (*El Tiempo*, 6.12.2008), “Terror en los buses”, para referir el pánico que les produce a los usuarios utilizar los 18 mil buses, busetas y colectivos que a diario ruedan por las vías de Bogotá, debido a los atracos al servicio público (*El Tiempo*, 11.10.2008) o “Dramático relato del asalto a todo un edificio en el barrio Cedro Golf”, que revela cómo once hombres ingresaron armados a varios apartamentos del lugar, a plena luz del día (*El Tiempo*, 24.10.2009) o, más contundentemente, “El barrio Lisboa, escenario de enfrentamientos con la Policía, es una bomba de tiempo en Suba: la droga y la inseguridad reinan en esta zona capitalina, que tiene dos rostros: de día es un populoso sector comercial, pero en las noches es territorio de nadie” (*El Tiempo*, 7.3.2010).

Esto es lo que le permite a Reguillo afirmar contundentemente: “El aseguramiento y blindaje de espacios, prácticas, discursos, ha venido introduciendo nuevas sintaxis, estéticas y valoraciones, cuyo eje vertebrador es la producción de una narrativa disciplinante que no admite refutaciones” (2008: 12).

Y, para nuestro caso, tal como se observa de los ejemplos, la mayoría de estos titulares usan dispositivos de enunciación que permiten la articulación de dos lugares comunes claves para las retóricas de la seguridad y su influencia en las estéticas del terror urbano: la idea de umbral de seguridad-inseguridad (calles aledañas, calles oscuras, edificios del norte, buses...) y la imagen de un intruso/extraño, muchas veces calificado de forma abstracta (delincuencia), otras de forma concreta (atracadores, ladrones). Estos lugares son mediados por sustantivos como *terror* y *asalto* y su asimilación, sin duda, permite etiquetar la ciudad como aquel conjunto de territorios que son o buenos o malos y, por extensión, las personas.

En el contexto de este panorama, se suma el hecho de un derrumbe notable en la percepción sobre la calidad de vida, lo cual permite concluir que la satisfacción de vivir en Bogotá es baja. Efectivamente, en 2008 un 72% de la población manifestaba sentirse satisfecha de vivir en la ciudad; en 2009 esta percepción bajó a un 65%, según la encuesta de percepción del programa ‘Bogotá, cómo vamos’, y cuya causa más notoria es la sensación de inseguridad (*El Tiempo*, 19.10.2009).

Sin embargo, la percepción ciudadana bogotana no coincide propiamente con la realidad. Si se recuerda, el invento mockusiano de la ‘Hora Zanahoria’, entre 1995 y 1997, permitió que las muertes violentas en Bogotá bajaran un 30%. Mockus entregó en su administración 23 muertes por cada 100.000 habitantes, cuando antes era de 82. Actualmente, el promedio de muertes violentas en Bogotá está muy por debajo del promedio latinoamericano, que es de 25. Esto permite concluir que se vive en una ciudad relativamente segura, pero la gente no lo cree, porque se vive de ese imaginario vetusto y sin fundamentos reales.

En todo caso, lo único cierto es que, según reportes de 2009, la urbe más violenta del mundo por homicidios es Ciudad Juárez (México), con una tasa de 130 por cada 100.000 habitantes (en los primeros 10 meses de 2009, fueron 2.293 los asesinatos cometidos en esta ciudad); mientras que Caracas ocupa el segundo puesto mundial con 96 homicidios por cada 100 000, lo que se manifestaba en un incremento del 50% de secuestros frente al primer semestre de 2008 y 60 robos diarios en el transporte público. De hecho, el diario *El Tiempo* en el segundo semestre de 2008, noticiaba la frecuencia con que se secuestraba ciudadanos en el país vecino, y se mostraba irónicamente cómo el presidente Chávez estaba más interesado por los secuestrados políticos en Colombia que en su propia nación: Efectivamente, hacia finales de 2009, se calculaba que cada fin de semana caraqueña cobraba la vida de 50 personas, cuyas víctimas

preferidas eran los jóvenes entre 16 y 22 años, reflejando así la realidad social compleja del país (*El Tiempo*, 11.10.2009).

Según indicó el estudio del Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública, a mediados de 2009, Bogotá registraba 19 homicidios por cada 100.000 sujetos (*El Tiempo*, 26.08.2009), muy lejano al de otras ciudades del país. Al final del mismo año, los estudios de criminología de la Policía reconocían que en Arauca y Guaviare habían presentado una tasa de 82 muertes por cada 100.000 habitantes; mientras que en Valle la tasa era de 52 por 100.000 y en Caquetá 54. Pese a esto, durante 2009 en Colombia se disminuyó un 2% el número de homicidios y se registraba la tasa más baja de muertes violentas en los últimos 27 años: 15.817 asesinatos en el país, lo que representaba 32 muertes violentas por cada 100.000 habitantes; balance global positivo que contrastaba con el incremento de las mismas en Medellín con 1432 muertes terribles en 2009, causadas principalmente por los ajustes de cuentas, el control de las áreas de cultivo y los corredores para sacar la droga. (*El Tiempo*, 4.01.2010). Estas estadísticas fueron reevaluadas y ajustadas 44 días después por el alcalde de Bogotá, quien “[...] destacó que mientras en ciudades como Medellín, Cali y Barranquilla, la tasa de homicidios en 2009 fue de 93,3, 81,7 y 31,4 por cada 100 mil habitantes, respectivamente, en la capital fue de 22,7”. (*El Tiempo*, 17.02.2010). Yuri Chillán, Secretario General de la Alcaldía Mayor de Bogotá, afirmaba el 27 de julio de 2010:

[...] la tasa de homicidios en Bogotá ha descendido continuamente desde mediados de la década de los noventa y ha llegado a niveles relativamente bajos dentro del contexto urbano nacional. Hoy es de 18 muertes por cada 100 mil habitantes, mientras apenas hace dos años era de 23. La actual tasa está muy por debajo de la que registran Cali (56), Medellín (31), Barranquilla (25), e incluso es muy inferior a la del promedio nacio-

nal (34). En América, Bogotá está mucho mejor que Caracas (133); Sao Paulo (55) y Washington (34), para citar sólo tres ejemplos (*El Espectador*, 27.07.2010).

Pues bien, a pesar de que a partir de las estadísticas comparativas, Bogotá no es una ciudad realmente violenta, sí es claro que cada vez más se expanden las nuevas formas de desmembración social que producen más ciudadanos con tendencia a ejecutar conductas de encierro y ocultación, bajo el imperio de un terror latente. Incluso, en ocasiones proliferan los manuales que sugieren cómo protegerse de robos y violaciones, amén de documentos informativos que transliteran los códigos de los golfillos cuando “marcan” las viviendas por desvalijar. Esto se exagera más cuando las ciudades son dispersas o bifurcadas. Baste recordar las *favelas* brasileras que para finales del siglo XX pasaban de seiscientas, con una población que supera los tres de los catorce millones de habitantes de Río y cuyas descripciones realmente asustan.

Este hecho permite el surgimiento de una retribalización a toda escala que da origen a grupos de solidaridad, donde pequeñas microsociedades comienzan a desarrollarse como unidad cohesionada y, posteriormente, principia a percibir la hostilidad de los grupos contrarios y que no sólo se reducen a grupos de autodefensa barrial, sino que también acuñan, preferiblemente, grupos de jóvenes que, desde la psicología de las masas o desde la postura antropológica, se ha deseado llamar ‘tribus urbanas’ y pandillismo.

Ahora, ciertamente, las estéticas del terror que tratan de ajustar la mirada de los ciudadanos en estadísticas glorificantes basan su relativa objetividad en la tensión realidad-imaginación, entre un mostrar lo sentido y un ocultar lo generalizado, y en ese sentido, el papel de la incertidumbre provocada por esta tensión cobra su importancia. Aunque, como sostiene Reguillo (2008), el terror a la inseguridad, la esperanza en una

solución, el odio a los culpables de turno y el amor al líder mesiánico cuyo gesto intenta heroicamente eliminar terrores, sea una pasión subjetivamente experimentada, sus ritmos y sus tonos, son usados para mantener ese imaginario global reordenador.

Retóricas del terror y la predominancia del correo electrónico

Ahora bien, esa Bogotá que se aglutina actualmente en la ilusión del Metro, de la culminación efectiva de la Tercera Fase de TransMilenio y la conducta preventiva, se transfiere también a las enmarañadas políticas de oportunidades de trabajo y de mejoramiento de vida. El espacio público se inunda así de contradicciones, porque se convierte en el escenario de la oportunidad de supervivencia bajo el régimen del terror policial, evidenciado en las acciones contra los vendedores ambulantes, quienes trabajan como nómadas con sus objetos de promoción. Es así como de la sensación de protección se pasa rápidamente a la de lasitud y desesperanza. Esto tiene su cristalización en el idiolecto usado para referir la ciudad. Aquellos relatos, a veces extravagantes, que arrastran imaginarios urbanos, dan prueba de ello.

Precisamente, Néstor García Canclini (1997) es quien se ha encargado preferentemente de este tipo de manifestaciones en sus estudios, ya que resulta sostenible afirmar que la ciudad también se transita con los relatos e imágenes que confieren apariencia de realidad aun a lo invisible, pues la ciudad programada para funcionar en cuadrícula, se desborda en ficciones y todo esto porque,

una sociedad es más insegura por lo que se dice que por la realidad que habita [...] Nos hacemos una idea de nosotros mismos por lo que nos cuentan los medios de comunicación, por lo que sugieren los políticos y generadores de opinión, por las mitologías urbanas. Es en este juego de percepciones donde se construye la realidad de

la (in)seguridad ciudadana. Los efectos simbólicos de la (in)seguridad ciudadana son los terrores. Éstos son el resultado de múltiples y diversas producciones simbólicas, pero sobre todo, del trabajo del mercado y los medios de comunicación (Rincón y Rey, 2008: 34).

Gracias a las tesis del escritor italiano Ítalo Calvino, esas ficciones urbanas son entendidas como el efecto de la tensión entre los deseos y los miedos para poder coexistir “naturalmente” con los hechos que parecen irresolubles y que incitan a buscar rodeos en lo imaginario, para hacer sentir habitable el entorno, pues “las ciudades, como los sueños, están construidas de deseos y de miedos, aunque el hilo de su discurso sea secreto, sus reglas absurdas, sus perspectivas engañosas, y toda cosa esconda otra” (Calvino, 1985: 56), ya que importa menos saber cómo funciona efectivamente la sociedad que imaginar algún tipo de coherencia que ayude a vivir en ella.

Dentro de ese cúmulo de discursos-saber aparecen los rumores, los bulos y las leyendas, “[...] historias extravagantes pero verosímiles que pasan de boca en boca como si fueran verdades indiscutibles” (Orti y Sampere, 2000: 34), y que actúan como discursos creíbles que devienen de la tradición popular y cumplen con la función cultural de conservar el terror urbano. Esta definición está complementada con lo que Isaac Joseph llama “clínica de los rumores” (2002), texturas que consienten un trabajo de arreglo significativo, esto es, de adaptación sociohistórica, con el fin de definir o redefinir una situación problemática en lo social. En esa medida, formular y hacer circular leyendas es una vieja capacidad, ahora adecuada a nuestros contextos y ajustada igualmente a la ideación de las *bombas imaginativas* que atentan contra la aparente consistencia de los poderes dominantes y estabilizadores.

En efecto, en las leyendas urbanas se pone en acción una *imaginación colectiva*, y puesto que “el imaginario no es lo contrario de lo real, sino aquello

por lo cual éste cobra sentido” (Maffesoli, 2008: 31), importa más el impacto de sus cargas semánticas cuando citan y hacen visible la realidad social, porque la leyenda es la estrategia para *es-capar (d)el poder im-puesto*, al pasar del no-decir al decir (acaso demasiado), y así relativizar la normalidad de las apariencias y el carácter fijo de una entidad tal como ésta se presenta de forma arbitraria.

Esto significa que siempre ha existido una fórmula para *reinventar lo cotidiano* bajo los lineamientos de unos imaginarios sociales que denotan, en su actualidad, la verosimilitud de los eventos acaecidos. Hay, así, una obstinación que consiste en no callar más, y una invención, pues al hablar se crean anécdotas, pullas, bromas, historias que se cuentan, intrigas (*Human Interest Stories*) que permiten, sin duda, exorcizar esos miedos colectivos, ya que contar salva²: “El espacio-diario de la aldea era el chisme, dice Park; el espacio-diario de la gran ciudad es el rumor, que consiste en un chisme des-localizado y que perdió su centro y su blanco” (Joseph, 2002: 97).

Sabido es que, en la antigüedad, los chismes se fraguaban en los pueblos y pasaban de aldea en aldea hasta hacer su arribo a las grandes ciudades, convertidos, por el paso de tantas bocas enunciándolas, en verdades absolutas. En la época sobremoderna esta forma concreta de *folclore* o cultura popular en acción infecta el sistema orgánico de lo urbano, utilizando las mismas estrategias de otrora, pero ahora agrupadas en el laberinto del ciberespacio. En efecto,

se asiste a la eclosión de un nuevo-folclore, el que pervive en la red a través del correo electrónico (*net-lore*), mediante el cual todo saber, prejuicio, opinión y conocimiento se multiplica con esa inusitada eficacia del chisme-bomba de las vecinas de pueblo, pero a una velocidad y alcance insospechados:

Gracias a los correos de Internet, las leyendas urbanas –que narran historias tan fantásticas como terribles– se difunden y popularizan hoy a una velocidad de vértigo y sin fronteras de ningún tipo. Y todas empiezan más o menos de la misma manera: “A mí me costó trabajo creerlo, pero es cierto. Le pasó al amigo de un amigo, una persona muy seria, así que tengan mucho cuidado, porque también les puede ocurrir a ustedes”. De ahí para adelante la tragedia y lo insólito reinan (*El Tiempo*, 22.07.2007).

Convencido de que este nuevo medio de comunicación también cumple con las funciones de circulación de relatos productores deseos y terrores colectivos, se han venido archivando muchos de los correos por más de cinco años (egardus@hotmail.com, edergarciad@yahoo.com) y, después de su revisión resultaron recopiladas un considerable conjunto de leyendas que circulan por Internet y se asientan en las bandejas de correos, fue posible una clasificación global sobre ellos, apoyada en criterio de los tópicos³, lo cual consintió generar una taxonomía parcial sobre las leyendas urbanas que inspiran terror urbanos, tal como se muestra a continuación:

² *Contar* es un verbo mágico. Entre sus acepciones presenta el sentido de narrar historias, y también el de ser tenido en cuenta por el Otro, como cuando alguien pregunta ‘¿Cuento con usted?’.

³ El concepto *tópico* se entiende como la descripción semántica del contenido de los discursos, cuya función consiste en señalar los aspectos esenciales de un discurso (van Dijk, 1995).

Tabla 1. Taxonomía de las principales leyendas urbanas que circulan en la red

Tópico	Algunos de los casos más frecuentes
Lugares inseguros	Cajeros, calles con sujetos solidarios, sitios de rumba, supermercados grandes, autopistas, discotecas gay, bancos, restaurantes, cines, Bogotá (terremoto, DPAE).
Productos dañinos	Desodorantes que producen cáncer, condones con microporos que dejan pasar las ETS, ropa interior que produce llagas...
Animales peligrosos	Mascotas foráneas, la rata de Massai, la aparición de lobos en la periferia de las ciudades.
Tecnología amenazadora	Microondas, teléfono fijo (código 9), teléfono móvil en plena carga de batería.
Alimentos nocivos	Hamburguesas, pollo con estrógenos, refrescos destapa cañerías y con uñas o ratas, enlatados, "mecato con bacilo de tuberculosis".

A partir de esa topicalización fue posible aventurar algunas de las cualidades semiolingüísticas más visibles en los cuerpos textuales de estas leyendas, amén de la determinación de algunos de los estereotipos que, de suyo, sujetan.

Lo más importante de resaltar, es que las leyendas del terror urbano no siempre son de origen anónimo e inauguran y mantienen rituales de comunicación; por eso quien lo inicia, su padre, es lo que menos importa pues este tipo de texturas son aperturas y reactivaciones, más que clausuras del espacio público. Es que con la circulación de las leyendas se mantiene viva la intención de no olvidar ciertos temores, por lo que la oferta de sus contenidos siempre pedirá más demanda y, en ese desequilibrio, la vacilación de enunciar queda totalmente anulada a pesar de no saber quién lo ha producido y desde qué pruebas; de hecho, la pulsión por que se sepa a todos cuánto se pueda es una cualidad constante de apertura de estas leyendas; cuestión muy diferente si se compara con el chisme local donde quien lo enuncia, duda constantemente ("Yo no debería decírselo, pero..."), aunque al final lo hace, pensando que sólo será secreto de pocos. Así, por ejemplo, muchos de estos correos tienen como orientación o situación inicial fórmulas narrativas como "*Para comunicar a sus familiares y amigos*", "*Seamos precavidos urgente algo*

terrible está sucediendo pasen la voz a sus familiares y amigos tengan mucho cuidado", etc., y la coda o moraleja (Pn0-) reitera esa necesidad de conocimiento colectivo masivo: "*Por favor reenviar a tus contactos*", "*Circule este mensaje para alertar a todas las personas que sea posible*", "*Por favor, reenvíen este mensaje a todos sus familiares, amigos y demás personas para que estén alertas*", "*Consideramos que es necesario que todos conozcan esta información y que la divulguen*", etc. En esa medida, las leyendas del terror aspiran a ser el patrimonio de la ciudadanía puesta en figuras retóricas que permiten las analogías y la simbolización de los problemas sociales.

Y dentro de este patrimonio, la leyenda más representativa del conjunto de aquellas que son universales es la leyenda del perro exótico, que metaforizan al *foráneo* con un *animal*, reconocida por el antropólogo Luis Díaz como "El perro del Ganges" y posteriormente referenciada por Antonio Ortí y Joseph Sampere como "El perro extranjero". Los países contemporáneos condensan relatos de perros que terminan siendo agresivos, mientras los países colonizados lo hacen con relatos sobre animales mitológicos como el Chupacabras (o el chupasangres), que tuvo origen en Puerto Rico, aunque también existe su leyenda en países como México, Perú, Ecuador, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Guatemala, El Salvador,

Panamá, Chile, en algunas zonas del sur de Estados Unidos y, recientemente en Boyacá (Colombia)⁴. La ficción afirma que se trata de una criatura bípeda, al igual que los humanos, de una altura que supera los tres metros y cuya cualidad fundamental es que se desplaza andando, o volando, al parecer de muchos. Pero, muy a pesar de la pluralidad de relatos identificatorios del animal, hace poco el mundo se sorprendió con la noticia del hallazgo de un esqueleto de Chupacabras en un poblado costarricense y, tras su examen, se comunicó que se trataba del esqueleto de un perro salvaje, como el de Ganges o el Extranjero.

Por otra parte, la leyenda en Europa presenta muchas variantes, pero todas coinciden en que refieren un modelo mental que está inscrito en un ambiente contrastante entre el Tercer y Primer Mundo, con un actante que es una mascota forastera que ejecuta comportamientos agresivos. La historia, singular de suyo, afirma que tras un viaje por lugares exóticos/tropicales, una pareja decide traer a casa una mascota canina, y tras pocos días de convivencia con ella, el veterinario descubre, gracias a sus comportamientos atemorizantes y peligrosos (canibalismo, repulsión, etc.), que en lugar de un perro, es una gran rata. Según los investigadores españoles Ortí y Sampere, ellos mismos convertidos en leyenda urbana en España, se trata de una personificación del otro-diferente que es el propio *in-migrante*. Los países tercermundistas se asocian a la representación de lo primitivo, tachado de patógeno y amenazador,

[...] En el espejo deformante del folklore moderno, el así llamado Tercer Mundo encarna lo primitivo en estado puro: es un lugar amenazador donde

las ratas, animales nocturnos y subterráneos, han emergido a la luz del día y conviven igualitariamente con los nativos, transmitiéndoles toda clase de infecciones que los hacen tan peligrosos (y escasamente exportables) como ellas (2000: 287).

Y aunque esto pueda parecer insólito y extremo en una ciudad, realmente la figura del “lobos de la ciudad” es una realidad, por lo menos en ciudades como Bogotá. Así, por caso, hacia febrero de 2010 se noticiaba que una jauría de perros (unos 80 perros hambrientos y en crecimiento) que habitan en las entrañas del cerro La Conejera, en la localidad de Suba, invade violentamente por las noches las casquinatas aledañas en busca de comida y se abalanzan sobre animales domésticos como conejos, gallinas e incluso sobre caballos, vacas y niños de la zona (*El Tiempo*, 27.02.2010).

Si se quisiera ver esto desde la primera perspectiva propuesta por Díaz G. Viana, se podría pensar que ese terror mutuo es efecto de una compleja operación frente al sujeto-diferente, que se juega en este tipo de relatos a partir de la dicotomía *salvaje* contra *civilizado*, fundada en un marco ideológico hegemónico de exclusión y xenofobia, resemantizado por la atmósfera de la creciente migración mundial. Y es que, sin duda, se trata de un desplazamiento traumático que se corrobora tanto en la realidad como en las estadísticas de la Organización Internacional para la Migración que reportaban para 2009 unos 200 millones de migrantes (3% de la población mundial), revelando de paso que los principales países expulsores son China e India (35% de la población mundial)⁵.

⁴ “Escapularios y crucifijos pasaron desde hace cerca de un mes del altar de la casa y el cuello de varios creyentes a los cuernos de los terneros, vacas y toros, en La Capilla, una vereda de Tunja, cerca del Puente de Boyacá. La medida que tomaron los campesinos por temor a las historias que se han venido tejiendo en torno a la muerte de cerca de 20 vacunos y de un burro. Unos aseguran que el Chupacabras sí existe y que llegó a ese sector, mientras otros señalan que se trata de una criatura sobrenatural y diabólica que ataca enfurecida a los vacunos [...]” (Medina, *El Tiempo*, 10.03.10).

⁵ Se sabe, además, que Latinoamérica es la región de mayor emigración a Norteamérica y Europa: La segunda ciudad de México está en Estados Unidos (22 millones en California), la séptima ciudad de Colombia en Estados Unidos, y la segunda ciudad de Ecuador está en España.

El lingüista búlgaro Todorov (1987) escinde en, por lo menos, tres planos el tema del enfrentamiento entre diferentes. Primero, hay un juicio de valor o plano axiológico: el otro es bueno o malo, se quiere o no, es igual o es inferior. En segundo lugar, la acción de acercamiento o alejamiento en relación con el otro, es decir, hay un plano praxeológico: se adoptan los valores del otro; se asimila al otro a la imagen propia, se le impone la propia imagen. Finalmente, se conoce o ignora la identidad del otro (plano epistémico), donde se presenta una gradación infinita entre los estados de conocimiento.

Si bien es cierto que existen relaciones y afinidades entre estos tres planos, también es incuestionable que no hay implicación rigurosa; por tanto, no se puede reducir uno al otro, ni se puede prever uno a partir del otro. Desde la perspectiva del europeo hacia el otro-diferente (terror de ida) aparecen leyendas urbanas donde ese Otro posee valores negativos (“peligrosos, “amenazadores”), lo cual produce un alejamiento con su desasimilación, por un desconocimiento de su realidad; hecho que mueve a una de las partes comprometidas en la interacción a intentar excluir mediante un temor que le permite alejarse o bien asimilar a partir de una violencia simbólica, como último recurso. No obstante, la escisión social entre los sujetos diferentes puede tener otras vías de comprensión si se piensa que, frente a la posibilidad de la interacción, se impone la versión de una de las dos caras. Por esto, desde la perspectiva del tercermundista, también hay un terror hacia el europeo (terror de vuelta).

Esto mismo es lo que el director James Cameron revela con su cinta *Avatar*. La historia trata del terror de los nativos Na’vi, de Pandora, a los foráneos asesinos y peligrosos. Su reacción es la defensa con auxilio de sus propios recursos; y si no fuera por la “traición” de uno de los de “arriba”, debido al prístino amor, la conservación de sus recursos no hubiera sido exitosa. En este caso, la asimilación también sucede, pues

el invasor se convierte en ídolo del nativo, sólo que invertida: el poderoso asimila los valores del débil, del de “abajo”, y ahí radica la puntillosa moraleja: el resquebrajamiento del poderoso.

Y, por eso mismo, la película de Cameron evoca pertinentemente la leyenda del Chupacabras, pues entre las hipótesis populares sobre sus orígenes, es muy fuerte aquella que afirma que podría ser una nueva especie emparentada con las panteras, mientras los más insólitos lo tienen por una especie extraterrestre. En estas circunstancias, la leyenda de perro, del lobo, del Chupacabras o de los Na’vi, evidenciaría que el lazo no puede hacerse por vía implícita de un pacto simbólico, porque ya no se pone algo común, sino que algo se impone con el opacamiento o *asimilación* del Otro, en la interfaz de lo social, con su consecuente carga axiológica. En consecuencia, la situación interactiva deviene una violencia contra el vínculo social establecido; sólo aparece la imposición o la rebelión en una labor que ignora límites.

Ahora bien, si desafortunadamente el replegamiento y la reflexión del ciudadano, con su consecuente topofobia al espacio público, se debe al otro cuando es un sujeto diferente (el joven, el animal, el foráneo...) lo cual lo hace inmediatamente malo, inferior e indigno de conocer, el ciudadano no agota esta ‘excusa’ para mantener su conducta de atrincheramiento, pues hasta los objetos sirven para tal fin. Este desplazamiento de sujeto a objeto no es casual. La ausencia de la alteridad se busca hoy día en lo virtual como salida de escape ante el temor del otro real, pues hasta su cuerpo para el goce puede ser peligroso; no en vano hay leyendas urbanas que promueven las consecuencias terroríficas del goce casual a propósito del sida (“bienvenido al club del sida”) o de aquellas leyendas urbanas acerca del robo de cuerpos y venta de órganos; sin embargo, allí en lo virtual también aparece el peligro, pues en cualquier momento puede aparecer una epidemia virtual que “destruye” el otro puesto allí en la pantalla y al sujeto

mismo, reducido también a su máquina portátil o a su teléfono móvil.

Ahora, lo que hace que esta predisposición sea más trágica, es que este *plus* de peligro que acorrala al sujeto urbano cuando interactúa con objetos no cesa con el mundo informático pues, igualmente, el peligro se genera a través del uso de electrodomésticos como el microondas, del cual también ya existen leyendas urbanas que (d)enuncian que puede abrasar la cara del usuario por calentar alimentos o líquidos sin tomar las debidas precauciones. Allí no para el asunto. El riesgo también está presente en los alimentos que se consumen y hasta la ropa que se compra. A esto se suma el temor actual a consumir carne de res o de pollo, por las enfermedades que conllevan como ‘la gripe del pollo’ que dejó varios muertos en Vietnam en 2004 o algunos días de abril de 2009 con el cochinito, antes de que la ‘gripa porcina’ se llamara AH1N1. Incluso, algunos alimentos cotidianos gozan de muchos relatos escabrosos. Leyendas como que la Coca-Cola produce efectos mareantes, que es corrosiva, disolvente, un espermicida infalible o “un arma química con la que se pretende esterilizar al Tercer Mundo”, mientras que la carne de KFC es de rata (estudiado por Gary Alan Fine), o que la comida china usa carne de los propios chinos; todas ellas resultados de una concepción social de riesgo y peligro que se simboliza en relatos que arrastran ese imaginario de ciudad-trinchera.

Desenlaces

Esta aproximación hermenéutica frente a la frecuencia temática o tópica de las leyendas en internet compiladas, estaría mostrando así que los *miedos* urbanos circulantes en este tipo de texturas son meros mecanismos de defensa colectivo que, con el uso del símbolo, ejecutan la expulsión de todos aquellos sucesos extraños y, por tanto, incontrolables. Es decir, la leyenda *ocurre*, como en la histeria, ante la ocurrencia de algo rechazado por y de nosotros: *Ausstobung*.

Sea lo que sea, en la sustancia semántica de los bulos y las leyendas, hay algo del orden de la denuncia sobre los múltiples miedos del sujeto actual cuando éste queda fuera de juego, o lo que es igual, ‘salido de casillas’. Pero, ¿dónde quedará la tranquilidad del urbanita si hasta en la intimidad se puede intervenir al sujeto en las redes que se han convertido en un cuarto secreto para chatear y travestirse? Indudablemente, la nuclearización de los cuerpos empezó en Hiroshima, pero continúa de manera endémica e incesante en la irradiación de los *media*, de las imágenes, de los signos, de los programas y de las redes. Visto así, hasta la comunicación en las urbes es un elemento destinado a adquirir contagios, pues esta cultura *sobremoderna* produce los efectos más sorprendentes de la información y, en todo caso, el riesgo actual, es quedarse desconectado. Es lo que sucede con esos efluvios que dejan los objetos tecnológicos, que terminan por incrementar la diligencia de resguardo al hogar: “Los virus informáticos, en efecto, traspasan igualmente los límites de las fronteras y parecen estar amenazándonos constantemente” (Díaz, 2003: 99).

Lo que más inquieta es el hecho que las narraciones de los *mass-media* confieren apariencia de realidad a aquello que existe, sin duda, pero que es invisible a los ojos humanos como un virus. Y, lo más sorprendente, que su ‘visibilización’ sea *construida* como uno que genera epidemia global. Esto fue lo que sucedió en 2009 con el AH1N1, que hizo del cuerpo humano un cuerpo-del-delito gracias a un sagaz ejercicio de reconstrucción discursivo-mediática que, incluso, les sirvió a muchas figuras públicas, como presidentes, para aislarse, so pena de una cuarentena, de la mirada internacional. El virus fue al instante, el terror del mundo que, antes de propagarse por el aire, se propagó de forma veloz como imagen confusa por las pantallas televisivas.

Todos esos frutos pictóricos, *est-éticos* y rituales como efecto del terrorismo urbano global, resultan

ser la marca de una realidad semiótica que sella la emergencia de un nuevo relato de lucha del bien y del mal, originando una especie de nueva cruzada mundial contra el terrorismo, al tiempo que revela un lazo social fracturado. Precisamente, por esto el lazo social está forzado a aparecer en formas descaradas y repentinas que no hacen más que evocar el adjetivo siniestro u *ominoso* (*Un-heimlich*: no familiar, no doméstico) y que tienen que ver justamente con ese hecho que, al tiempo, algo resulta muy familiar y muy lejano y por eso mismo produce el afecto de la angustia, de la petrificación pasajera, en los paisajes actuales.

La ciudad se convierte, entonces, en un enorme y apremiante artefacto productor de sensaciones de terror sutil y terror patente que permite que sus ciuda-

danos robustezcan sus viviendas y se enrosquen en ellas, lo que no los exime de aquella circunstancia, cada vez más abundante, de recibir texturas audiovisuales por medio de las cuales el terror entra por las pantallas de sus ordenadores vía correo electrónico o por cable, especialmente cuando los telediaros muestran imágenes caóticas y escenas terroríficas de sus ciudades. Por eso, un neologismo puede resumir contundentemente estas estéticas apresadas en retóricas como las aquí consignadas: **Bogótica positiva**. Esto es, una Bogotá gótica⁶,alzada por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) cuyas representaciones se viven y usan como si pasaran por reales⁷. En estas circunstancias, algo viene a susturar el sosiego del otrora *flaneur cachaco*, y refuerza aquellos modelos mentales de megalópolis peligrosa entre sus usuarios *bogoteños*.

Referencias

- Acero Velázquez, H. (2008). Bogotá nos mintió. En: *El Tiempo*, 11 de agosto, Bogotá.
- Aguilar, M. (2006). La dimensión estética en la experiencia urbana. En: Lindón, A. *et ál.* (coords.) *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Barcelona: Anthropos.
- Augé, M. (1998). *Los no-lugares, Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Barrera, P. (2009). Con metro o no, el problema de la movilidad seguirá latente. En: *UN periódico*, 127, 25 de octubre, Bogotá.
- Caldeira, T. (2007). *Ciudad de muros*. Barcelona: Gedisa.
- Calvino, I. (1985). *Las ciudades invisibles*. Barcelona: Minotauro.
- Caro, F. (2009). Proponen rutas de TansMilenio con buses rosados sólo para mujeres. En: *El Tiempo*, 25 de octubre, Bogotá.
- Chillán, Y. (2010). Bogotá para el mundo. En: *El Espectador*, 27 de julio, Bogotá.
- Díaz G. Viana, L. (2003) *El regreso de los lobos. La respuesta de las culturas populares a la era de la globalización*. Madrid: CSIC.
- Fine, G.A. (1992). The Kentucky Fried Rat. In: *Manufacturing Tales. Sex and Money in Contemporary Legends*. Knoxville: The University of Tennessee Press.

⁶ Se alude concretamente a aquella forma de experiencias artísticas cuya cualidad fundamental es que está asociada al terror, pero también con la expresión de sentimientos como la depresión, la angustia, la soledad, la decadencia, la exaltación de lo ruinoso y macabro e incluso, con la bestialidad, tal como se aprecia en obras literarias como las de Horace Walpole, Edgar Allan Poe y Ambrose Bierce, o actualmente con la ola de la llamada literatura negra.

⁷ Al empatar el sentido del significante positiva, propio del campo fotográfico, con el significante Bogotá, se desea jugar paródicamente con el eslogan de la Alcaldía de Bogotá, D.C., en la administración de Samuel Moreno: 'Bogotá positiva, gobierno de la ciudad'.

- Forero, F. (2008). Terror en los buses. En: *El Tiempo*, 11 de octubre, Bogotá.
- Forero, F. (2008). Estudiantes, a merced de los ladrones. En: *El Tiempo*, 20 de octubre, Bogotá.
- Forero, F. (2009). Los otros puntos críticos de Bogotá. En: *El Tiempo*, 28 de febrero, Bogotá.
- García-Canclini, N. (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Grijalbo.
- García Canclini, N. (1997). Ciudad invisible, ciudad vigilada. En: *La Jornada Semanal*, 18 de mayo, Bogotá.
- García-Canclini, N. (2004). ¿Ser diferente es desconectarse? Sobre las culturas juveniles. En: *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- García-Dussán, É. (2007). Territorializaciones urbanas juveniles. En: *Revista de Investigación*. Departamento de Investigaciones de la Universidad de La Salle. Volumen 7, N.º 2, julio-diciembre.
- García-Dussán, É. (2008). *Manual de hifología. Análisis e interpretación de textos*. Bogotá: Universidad de La Salle.
- Gómez, L. (2009). Baja la satisfacción de vivir en la capital. En: *El Tiempo*, 19 de octubre, Bogotá.
- Joseph, I. (2002). *El transeúnte y el espacio urbano. Sobre la dispersión y el espacio urbano*. Barcelona: Gedisa.
- Lindón, A. (2006). La casa Búnker y la reconstrucción de la ciudad. En: *Revista Liminar*. Estudios sociales y humanísticos, IV (2). Chiapas: Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Unicach.
- Maffesoli, M. (2008). El arcaísmo posmoderno. En: Pinzón, C. et ál. (Comps.) *Para cartografiar la diversidad de los jóvenes*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Malaver, C. (2009). Dramático relato del asalto a todo un edificio en el barrio Cedro Golf. En: *El Tiempo*, 24 de octubre, Bogotá.
- Medina, H.Y. (2010). Vacas con escapularios en Boyacá. En: *El Tiempo*, 10 de marzo, Bogotá.
- Montaño, J.W. (2010) Jauría de perros ataca en Bogotá. *El Tiempo*, Bogotá, 27 de febrero, Bogotá.
- Ortí, A. & Sampere, J. (2000). *Leyendas urbanas en España*. Barcelona: Martínez Roca.
- Primera, M. (2009). La violencia ronda las calles de Caracas. En: *El Espectador*, 11 de octubre, Bogotá.
- Restrepo, M. (1998). *Campo-ciudad: sentidos, imágenes, pedagogías*. Tunja: Cendes.
- Rincón, Ó, y Rey, G. (2008). Los cuentos mediáticos del terror. En: Urvio (Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana). Quito: Flacso.
- S.a. (2005). Más bogotanos víctimas del delito. En: *El Tiempo*. 4 de noviembre, Bogotá.
- S.a. (2008). Pulso a la capital. En: *El Tiempo*. Editorial, Opinión, 11 de agosto, Bogotá.
- S.a. (2008). Inseguridad ronda a Ciudad Salitre. En: *El Tiempo*. 27 de septiembre, Bogotá.
- S.a. (2008). Ladrones saltan desde los árboles para robar a los transeúntes de localidad de Teusaquillo. En: *El Tiempo*. 6 de diciembre, Bogotá.
- S.a. (2009). ¿Quiebre de tendencia? En: *El Tiempo*. 26 de febrero, Bogotá.
- S.a. (2009). Atraco callejero, es el principal problema de seguridad, revela 'Bogotá cómo vamos'. En: *El Tiempo*. 9 de agosto, Bogotá.
- S.a. (2009). Ciudad más violenta del mundo por homicidios: Ciudad Juárez, en México. Medellín es octava. En: *El Tiempo*. 26 de agosto, Bogotá.
- S.a. (2010). Homicidios subieron 64% en Medellín. En: *El Tiempo*. 4 de enero, Bogotá.

- S.a. (2010). Lo interceptaron cerca de su casa. Fui a timbrar y tenía el arma en la cabeza. En: *El Tiempo*. 12 de febrero, Bogotá.
- S.a. (2010). Gobierno destaca logros en seguridad. En: *El Tiempo*. 17 de febrero, Bogotá.
- S.a. (2010). El barrio Lisboa, escenario de enfrentamientos con la Policía, es una bomba de tiempo en Suba. En: *El Tiempo*. 7 de marzo, Bogotá.
- Silva, A. (2006). Centros imaginados en América Latina. En: A. Lindón *et ál.* *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Barcelona: Anthropos.
- Silva, A. (2009). La escuela desde un nuevo camino ciudadano. En: *Actualidades Pedagógicas*. Bogotá: Revista de la Facultad de Ciencias de la Educación, 53.
- Todorov, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- van Dijk, T.A. (1995). De la gramática del texto al análisis crítico del discurso. En: *Beliar (Boletín de Estudios Lingüísticos Argentinos)*, (2), 6. Buenos Aires: Sociedad Lingüística de Argentina (SAL).